

El despertador de la señorita Susi³⁷ 4

Inclinaciones, efusiones y un largo etcétera de... — ¡maldita fuese!, y la Señorita Susi se mordió contrariada, muy contrariada, el labio porque... (miró en derredor buscando algo que, a su pesar (y a puro ojo pero denso, sólido, contundente presionando sobre su pecho como una enorme losa) no encontró y hubo de conformarse con tasar en como quilo y medio más o menos) — un largo etcétera... (la señorita Susi cerró los paréntesis, los corchetes³ y la puerta del cuarto de la plancha dedicando una mirada desahogada al tirador para, acto seguido, abrir nuevos paréntesis pero no la ventana del salón), un largo etcétera de qué...

Optó, ante la evidencia de tantos inconvenientes, por cortar por lo sano y reconocer de un tirón y sin más circunloquios ni evasivas encubiertas por guiones ni corchetes ni paréntesis que no habla nadie en los contornos inmediatos a quien pudieran gustarle las mismas cosas que a ella. Y punto pelota...

La señorita Susi tomó aire.

¿Dónde estaba ella?

— ¿Dónde estabas tú, Susana, cuando...? — Se preguntó.

— ¡Y yo qué sé! — Se contentó al tiempo que propinaba inquieto una patadita a la mecedora que, aun en su supina ignorancia de las leyes de la física, se balanceó.

— Vamos, Susi — cuando se quería mostrar persuasiva para consigo misma o no terminar, por lo menos, enfadándose utilizaba el diminutivo con que su "otro yo" trataba si la situación se empezaba a poner tensa a camelársela —, tienes que saberlo...

— ¡Ya lo sé!

— ¿Has visto como sí?

³ Marcarlos también en rojo para que no se le gacaran, esquivos y talizados como han sido los corchetes de siempre, por otro o — como segunda posibilidad — le quedamos a tocanano.

Pero no, contra lo que pudiera pensarse, el aire cotidiano que cualquiera introduce en sí mientras lo habita un resquicio de vida sino ese otro, el suyo, inconfundible, sosegado y distante que la acompañaba —ella decía “me adorna” —, aunque fuera nada más a ratos y muy de tarde en tarde desde allí hasta donde le alcanzaba la memoria.

— Si, Susi —se decía—, hasta donde te alcanza la memoria y está bien. Pero... ¿antes, donde la memoria ya no alcanza, qué’

Y se quedaba allí, parada, perdida, anclada, en la inmensa vastedad de su pequeño mundo de las cosas excesivamente sólidas